



CAÑETE

UNA de las *vacantes* académicas de que tanto se habla, es la que acaba de causar el fallecimiento del Sr. D. Manuel Cañete. No era Cañete á la verdadera crítica lo que era Alarcón á la buena novela; pero así y todo, la literatura ha experimentado *otra* verdadera pérdida. No soy yo de los que menos han escrito contra el juicio y el gusto estéticos del reputado crítico de teatros que acaba de morir, y mientras vivió supe desquitarme de pretericiones y desdenes aparentes que me hacían mucha gracia; pero nadie podrá decir que yo haya negado jamás al Sr. Cañete *ciertos* méritos y aun cierta superioridad relativa respecto de muchos de sus compañeros de crítica teatral en estos últimos años. Enseñoreadas la más pasmosa ignorancia, la anarquía del gusto más pintoresca y escandalosa, de la censura periodística referente á las obras de la escena, el Sr. Cañete se levantaba

entre tanto hisopo, si no como un ciprés, á lo menos con la estatura de un hombre ilustrado que sigue una vocación, que viene preparado al ejercicio de su ministerio, y que al atenerse á la estrechez de un canon, al fin se atiene á algo racional, y no al capricho volandero de una imaginación inculta.

Fuera hipocresía verdaderamente sacrílega fingir aquí, ante la tumba de este escritor, una admiración que no siento; pero otra cosa es, ya que de él hablo, como creo oportuno, parar mientes en la ocasión para prescindir de lo menos favorable, en cuanto se pueda, y detenerme en lo que sinceramente creo que fué meritorio en el talento y en el trabajo del antiguo periodista. No he de ser yo quien, añadiendo ociosamente cualidades imaginarias á las que realmente ví en Cañete, haga recordar lo que Tácito dijo con ocasión de las exequias de Druso: *...plerisque additis, ut forme amat posterior adulatio*; y antes bien, para dar el valor de la sinceridad á mis palabras, procuraré abstenirme de toda exageración laudatoria.

Era Cañete literato de profesión, y toda su vida lo demuestra. Podía su amor propio dar más valor del positivo á sus conocimientos, pero este caudal existía; y en ningún país como en España es meritorio el esfuerzo individual del que procura con aplicación y constancia llegar á ser hombre

realmente instruido, á pesar del despego con que el vulgo de lectores... y *críticos* mira la ventaja del estudio, y á pesar de la falta de medio de que adolecemos, por culpa del Estado.—¿Cómo no estimar que Cañete, que hablaba de comedias, conociera el teatro nacional y en parte el extranjero, y las teorías clásicas de la estética dramática, en este país donde se llama sabios á hombres que no saben ni siquiera construir oraciones en que haya la complicación más pequeña? Hoy mismo comienzo yo á leer, con la mayor buena fe, un artículo de un *hombre público* eminente, que llegará á ser académico, si quiere; y á los pocos renglones de lectura me encuentro con una cláusula que empieza, pero no concluye, es decir, que no es cláusula, á pesar del punto final que la remata.

Y el tal autor escribe acerca de la *Pedagogía en lo elemental*... Y no ve que lo elemental es saber, antes de ponerse á escribir, que, una vez adquirido el compromiso de comenzar una oración principal, hay que terminarla, pese á todos los incisos del mundo. Cañete, no sólo concluía sus cláusulas, sino que dedicó grandes esfuerzos de atención y estudio asiduo á los orígenes del glorioso teatro castellano, el cual le debe investigaciones y hasta descubrimientos que los verdaderos eruditos en tal materia estiman no poco, según Marcelino Menéndez y Pelayo me decía hace ya muchos años. No

cabe duda que Cañete hubiera hecho mucho mejor en dedicarse á la erudición, á las antigüedades de nuestra escena, por ejemplo, que insistir, como insistió, en la crítica de actualidad, para la cual hace falta un gusto propio, original y espontáneo, que á él le faltaba casi en absoluto. Esta condición les falta y faltó á la mayor parte de los críticos españoles de *actualidades*. Casi todos, tratándose del teatro particularmente, han juzgado las más veces por motivos extraños á la emoción estética y al juicio consiguiente. El mismo Larra, que fué mucho más escritor de genio, artista, poeta en prosa, que crítico, juzgó de esta manera ajena al arte en ocasiones tan solemnes como las que le ofrecieron *Hernani* y *Antony*.—Revilla llevaba á la butaca del *estreno* al catedrático de literatura, al polemista del Ateneo, no al aficionado verdadero de la poesía dramática, que no existía en él, como confesaba á sus amigos, á mí, por ejemplo. La posteridad, en la que merece entrar, no hará á Revilla la debida justicia si, por miramientos mal entendidos, se deja que el vulgo siga admirándole principalmente por sus artículos de crítica contemporánea, y en particular por sus críticas de teatros. Revilla, como tantos otros, se vió sin brújula muchas veces, y aplaudió lo que el público aplaudía, sin más, y le merecieron elogios autores como Sánchez de Castro y otras nulidades. En

este punto, Cañete fué siempre algo más cauto, y guiándose por su canon, ya que gusto no lo tenía, si aplaudió indebidamente algunas frialdades seudoclásicas y ciertas vulgaridades de moral casera, pudo resistir mejor la tentación de elogiar extravíos y nimiedades de otro género. Su flaco era *la buena intención*; en cuanto un autor se proponía moralizar, ya tenía á Cañete de su lado. Con esto y un poco de tendencia reaccionaria, se le seducía fácilmente.

También era muy amigo de que se imitara lo más posible á los buenos dramaturgos, y aun prefería la copia á la imitación, como lo probó defendiendo con gran denuedo un drama de Coello, que silbó el público: *Roque Guinart*. El tal Roque era, no sólo tomado á Cervantes, sino á Schiller: y el Sr. Cañete achacó el mal éxito á la circunstancia de no haber copiado bastante el autor español el drama titulado *Los Bandidos*.

Pero, en cambio, hay páginas cuasi gloriosas en la vida crítica de Cañete, y casi todas se refieren á su racional resistencia á las audacias de los modernos, que serán modernos y audaces, pero no poetas dramáticos. Cuando la crítica militante contribuyó escandalosamente al éxito de *La Pasionaria* del Sr. Cano, Cañete fué de los pocos que supieron protestar contra semejante absurdo. Más adelante se rindió al número, admitió á Cano en-

tre los favoritos de las musas... y las fealdades que el crítico del Cano antiguo siguió viendo en el autor de *Gloria...*, se las fué poniendo en la cuenta al Sr. Echegaray, á quien, por cierto, ni Cañete ni Revilla hicieron completa justicia cuando más la merecía y más la necesitaba.

Los que quieran conocer las obras de nuestro crítico con suficientes datos para juzgarlas, no se deben concretar á repasar sus artículos posteriores á la revolución. Cañete fué crítico desde muy joven, y fué claro, sincero, leal, allá en tiempo en que nuestra literatura por poco se vuelve tonta. El teatro de Rubí, por ejemplo, nunca tuvo un admirador muy apasionado en el Sr. Cañete, como él mismo nos lo recordaba hace pocos meses. No quiere esto decir que no haya contribuído el crítico de *La Ilustración* á la fama injusta, por excesiva, de autores como Eguílaz y otros por el estilo; pero este punto, el de fijar los méritos y las culpas que por aquella época contrajo el señor Cañete, no puede ser tratado sin datos exactos y numerosos, de que ahora no dispongo.

En resumen: en otro país, Cañete, sin más caudal positivo que el de su *buena educación* literaria, el de sus conocimientos, no hubiera podido aspirar á que se le contara entre los críticos notables de su tiempo; porque en Francia, por ejemplo, hay muchos que tienen la necesaria ilustración, y al-

gunos que tienen el gusto, aún más necesario. En España, en la de ahora, Cañete, tratándose de críticos de teatros, puede ser considerado como uno de los menos malos, porque el gusto que á él le faltó les falta á casi todos, y la erudición que él tuvo, aquí la tienen muy pocos.